



Isabel de Portugal: una infanta aragonesa en la corte portuguesa

María Luisa Burguera Nadal

Me había resultado curioso durante algún tiempo el hecho de que hubieran aparecido mujeres extraordinarias, que habían sido princesas, reinas y santas, en la cultura occidental en Europa, desde el final de la Antigüedad a lo largo de la Edad Media hasta principios del Renacimiento, y por lo tanto, a partir de la expansión del cristianismo. Y así comencé a redactar lo que luego sería un pequeño libro titulado *Princesas, reinas y santas*, publicado por la Editorial San Pablo, en el año 2012.

Lo cierto es que al llegar la Edad Media aparecen de repente los rostros femeninos, y las más visibles naturalmente por el lugar que ocupan serán las reinas, que desempeñaron un papel activo en la historia. Por otra parte es conocido que el apogeo de la mujer correspondería a la época feudal, desde el siglo X hasta el siglo XIII. Y también es conocido el hecho de que esa influencia decrece notoriamente en los siglos que siguen.

Y bien, después de preguntarme por la causa de todo ello, encontré en la gran medievalista francesa Régine Pernoud la respuesta; según ella misma afirma, en el cambio con respecto a la mujer que se produce en la Edad Media, ciertamente podemos admitir la influencia de las costumbres germánicas o nórdicas, mucho más abiertas a la presencia familiar de la madre y los hijos, que la ley romana; pero eso no basta para explicar el cambio histórico que de pronto se produce. En realidad, hubo una fuente de inspiración para el cambio: el Evangelio.

Ello resume, según Pernoud, un hecho doble de civilización: “el ingreso de las mujeres en la historia cuando se desarrolla la fe cristiana y al mismo tiempo el celo que ellas manifiestan por implantarla”(Pernoud, Régine, *La mujer en el tiempo de las catedrales*. Barcelona:Ediciones Juan Granica, 1982, p. 2) .

Así pues, al intentar ofrecer al lector un panorama de estos hechos, en el momento inicial de la presencia de la mujer, habría que mencionar lo que he denominado en el libro las primeras olvidadas: las emperatrices

Elena y Pulqueria, para pasar luego a Clotilde, la reina francesa que forjó la Europa cristiana. También francesa fue la bella Radegunda, la reina de la cortesía a lo divino y parece ser que también destacó por su hermosura Berta, la princesa merovingia que llevó el cristianismo a Inglaterra.

En torno al Imperio carolingio, se encuentran las hijas de Dagoberto II, las princesas Adela e Irmina y la gran reina Matilde, de la dinastía de los otónidas. No he querido olvidar a la princesa Olga de Kiev, gracias a la cual se inicia la cristianización de Rusia. Cuando todavía no estamos en la plenitud de la Edad Media, aparecen las grandes figuras de las emperatrices Adelaida de Italia y Cunegunda de Luxemburgo y las esposas santas de grandes reyes, Elgiva y Gisela. En el esplendor medieval surgirán figuras legendarias como Casilda, la princesa mora que cabalgó por tierras de Castilla o Margarita, la reina de los escoceses. También Isabel de Hungría, a cuyos pies se postró un emperador, e Inés de Praga, que deshizo su pacto matrimonial a causa de su deseo de profesar como religiosa. Aparecen también las princesas santas hijas de la emperatriz María Laskarina: Kinga, Yolanda, Constanza y Margarita de Hungría, la gran figura de la patria húngara. Y, en Francia, una Isabel de Francia, que renuncia a la corte por amor divino. Y en España, una Isabel de Portugal, una infanta aragonesa, perfecta madre y esposa, y también activa en el gobierno en la corte portuguesa. Ya en el ocaso de la Edad Media dos figuras muy distintas, la desgraciada Juana de Francia, una reina despechada conocida como la Cenicienta de los Valois y la valerosa Eduviges de Polonia, patrona de las reinas de Europa.

Tal vez resulte un tanto vertiginoso este recorrido por unas biografías que, necesariamente, parecerán demasiado breves, pero, a pesar de ello, sí creo que no se puede negar que hay algo de insólito, de asombroso, quizás de providencial, en la presencia de estas mujeres, princesas, reinas y santas, que poseedoras de un cierto poder, aparecen en la historia por un lado no solo como mujeres sino consideradas como “personas”, y por lo tanto en estrecha relación con el Evangelio, y, por otro lado, como grandes promotoras de la cristianización de Europa.

Con el acercamiento a estas biografías, incompletas sin duda y dignas de mucho mayor detenimiento, no quise en el librito más que poner de manifiesto unas presencias relevantes en una época difícil, demostrar el valor de la mujer en toda circunstancia y adversidad, en toda situación y momento histórico y en suma mostrar mi admiración por ellas, rindiéndoles este pequeño y sencillo homenaje. Y nos detendremos a continuación



en Isabel de Portugal, una infanta aragonesa en la corte portuguesa.

Isabel de Portugal (Zaragoza, 1270-Estremoz, 1336)
Reina de Portugal e Infanta de Aragón.

Nació a principios de 1270, en el castillo de la Aljafería de Zaragoza, hija del rey Don Pedro III de Aragón y de la reina Doña Constanza de Sicilia, nieta de Jaime I. A lo largo de su vida, desempeñó una misión religiosa, política, social y humana muy relevante y fue sin duda una mujer extraordinaria. Nieta, como hemos dicho de Jaime I el Conquistador, biznieta de Federico II de Alemania, de ellos heredó la energía tenaz y la fuerza de ánimo. Pero también se caracterizó, por la bondad inmensa de Santa Isabel de Hungría, su pariente. La leyenda medieval de su vida, nos dice de ella que era una mujer llena de dulzura y bondad, muy inteligente y con buena formación.

A los doce años fue pedida en matrimonio por los príncipes herederos de Inglaterra y de Nápoles y por don Dionís, rey de Portugal, que fue el pretendiente aceptado. El 11 febrero de 1282 contrajo matrimonio por poderes en la capilla de Santa María, luego llamada de Santa Águeda, del palacio real de Barcelona. En junio de este mismo año llegó a Portugal y, en Troncoso, a donde el esposo había salido a recibirla, se encontró con él por primera vez, después de un largo y penoso viaje.

El Libro que habla de la buena vida que hizo la reina de Portugal, Doña Isabel de Portugal y las Crónicas de los siete primeros reyes de Portugal, nos ofrecen el retrato de Isabel. Le gustaba la vida interior y el trabajo silencioso. También los ayunos y los rezos. Pero tenía tiempo igualmente de hacer bordados en compañía de sus damas y de dar limosna a los necesitados. A los veinte años nació Don Alfonso IV el Bravo, que "fue su cruz y el gran amor de su existencia" (Martins, Mario *Año cristiano*, T. III, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1959 (73-77; p. 74) .

También tuvo una hija, Constanza. Pero fue en su hijo en quien fijó todo su cariño, ya que en cierto modo fue prácticamente abandonada por su marido. Sin embargo, la discreción y la inteligencia de esta joven reina pudieron más y así Santa Isabel, obligaba al hijo a obedecer a su padre y fingía no saber nada de las aventuras de Don Dionís. El rey, después de sus numerosos amoríos, se arrepentía de sus correrías y ella, no solo lo perdonaba sino que, en un acto de extrema humildad, fue capaz de dar cobijo y de criar a los seis hijos ilegítimos del rey.

Por su posición se mezcló inevitablemente y con intensidad tanto en los asuntos palaciegos, donde las intrigas las sobrellevó con gran dignidad y paciencia, como en la política castellana y aragonesa. Ejemplo de ello fue el hecho de que con ayuda de su marido consiguió avenir a los reyes Jaime II de Aragón, hermano suyo, y Fernando IV de Castilla, su yerno, en las paces de Campillo resueltas en 1304, por las que la Corona de Aragón adquirió las tierras de Alicante. Por otra parte, el primero de los hijos bastardos del rey, Alfonso Sánchez, despertó los recelos del heredero legítimo de la corona. Entonces el primogénito de Isabel pretendió que el rey le cediese de inmediato sus derechos y se produjo un enfrentamiento militar. La reina se atrevió a cruzar el campo de batalla para que hiciesen las paces padre e hijo y consiguió una tregua. Pero el padre la acusó de complicidad con el hijo, la encerró en Alenquer y la desposeyó de algunas riquezas.

Su poder pacificador y moderador fue notable tanto en las guerras peninsulares entre los cristianos como en las disputas familiares. Llegó hasta Coimbra, intentando que la sentencia en el pleito entre padre e hijo fuese dada por un juez y no mediante la guerra entre ellos. Así pues, intervino de manera constante prudentemente en los asuntos de gobierno, tan difícil en ciertos momentos. Como ejemplo se podría citar el hecho de que contribuyó a reconciliar a Portugal con el Papa, lo que se ratificó con la firma de un Concordato y con la fundación de la Universidad de Coimbra. Hizo gala de una elevada visión política, y también gran generosidad cuando dio parte de sus derechos en favor de su sobrina la hija de don Alfonso, hermano de don Dionís. De ese modo detuvo el intento de guerra civil que quería promover don Alfonso. Consolidó la paz entre castellanos y portugueses, mediante la unión matrimonial de sus hijos con los hijos del rey de Castilla. Se entrevistó con la reina castellana María de Molina, y fue eficaz su intervención para los intereses de muchos reinos, amenazados por los Infantes de la Cerda, que afectaban al rey Fernando, su yerno, al rey de Portugal, su marido, y al rey de Aragón, Jaime II, su hermano. También medió entre su hermano don Fadrique, rey de Sicilia, y Roberto de Nápoles, que se disponían a dar solución a sus disensiones con las armas.

Señala Martins, (op. cit.75) al hablar de la correspondencia de la reina: "Es una pena que se haya perdido casi toda la correspondencia, fuera de pocas cartas. De éstas recordamos una que le envió al rey Don Jaime, almirante de la Santa Iglesia de Roma. Otra se destinaba al rey Don Dionís, y nos da medida exacta de la angustia de esta mujer, que amaba igualmente al marido que al hijo

y los veía siempre en guerra: “No permitáis —escribe ella— que se derrame sangre de vuestra generación que estuvo en mis entrañas. Haced que vuestras armas se paren o entonces veréis cómo en seguida me muero. Si no lo hacéis iré a postrarme delante de vos y del infante, como la loba en el parto si alguien se aproxima a los cachorros recién nacidos. Y los ballesteros han de herir mi cuerpo antes de que os toque a vos o al infante. Por Santa María y por el bendito San Dionís os pido que me respondáis pronto, para que Dios os guíe”.

Cuando Don Dionís enfermó de edad muy avanzada, lo llevaron a Santarém. Allí Santa Isabel fue su enfermera, hasta que el rey entregó su alma a Dios; entonces la reina, con Portugal en paz, se retiró al convento de Coimbra, que ella misma había fundado. En medio de sus deberes de reina, siempre estuvo dispuesta a ayudar a los demás. Así cuando enviudó se sintió más libre para dedicarse a sus obras de caridad. Hasta el fin de sus días vivió una vida retirada, vistiendo siempre el hábito de la Tercera Orden franciscana, aunque libre de votos religiosos, pues siempre quiso mantener su patrimonio para construir iglesias, monasterios y hospitales.



Señala Fidel G. Cuéllar en “Santa Isabel de Portugal” (en *Gran Enciclopedia Rialp*. Madrid, Ediciones Rialp, Tomo XIII, 1973 (pp. 108-109)) que, ya desde hacía años, tenía tomada esta resolución, que tanto su confesor como su hijo conocían. Liberada, pues, de los deberes de la Corte, no vivió sino para ayudar a los necesitados. Sus riquezas fueron a parar a los pobres y enfermos en forma de ropa y alimentos. En los hospitales pasaba largas horas consolando a los allí acogidos. Construyó iglesias y monasterios: ella misma dirigió las obras del monasterio de Santa Clara de Coimbra. No podía faltar en su vida cristiana la peregrinación a Compostela. Allí ofreció, como prueba de devoción al Apóstol Santiago,

la corona más noble de su tesoro. De vuelta a Portugal llegó con su bordón y esclavina como una peregrina. Una vez más, e iba a ser la última, tuvo que intervenir la anciana reina ante su hijo Alfonso y su nieto Alfonso XI de Castilla para evitar la guerra entre ambos.



Veamos cómo nos refiere M. Martins sus últimos momentos :“ Cumplírase lo que ella tanto pedía a Dios: murió junto al hijo. Y nada tan conmovedor como el amor indestructible de esta Santa que nadie vio enfadada con aquel hijo bravo y duro de cerviz. Fue esto en el castillo de Estremoz el 4 de julio de 1336.

En siete jornadas, a través de las planicies abrasadoras de Alemtejo y de Extremadura, llevaron su cuerpo al convento de Santa Clara de Coimbra. Y allí quedó a lo largo de los siglos, rodeado de una aureola de milagros. Algunos de ellos legendarios, como el milagro de las rosas, que no viene en la leyenda primitiva. Otros, verdaderos. Al canonizarla el 25 de mayo de 1625, Urbano VIII confirmaba la voz antigua del pueblo rodeando de una gloria inmortal una de las más perfectas mujeres de la Edad Media.” (Martins, 1959, op. cit.p.77).

Su cuerpo permanecía incorrupto tres siglos después, cuando abrieron su tumba, de la que exhalaba un aroma a maderas, sándalo y rosas. Y la leyenda dice que el olor era como el de las rosas como las que aparecieron entre sus manos, aquel día en que acudía a auxiliar a los pobres con unas cuantas monedas ocultas y la sorprendió su marido, que quiso saber lo que portaba “Rosas”, contestó Isabel, y las rosas aparecieron ante el rey.